

TERRORISMO Y OPINIÓN PÚBLICA (Transcripción)

Por Francisco Llera

*Catedrático de Ciencia Política,
Universidad del País Vasco*

Quiero agradecer en primer lugar a la Fundación Giménez Abad la invitación, la deferencia por invitarme; por supuesto a mis buenos amigos, especialmente a Rogelio, el director del curso, por tener la oportunidad de volver a encontrarme con viejos conocidos, maestros, amigos algunos de ellos, y poder estar, tener también la oportunidad de dirigirme a un público interesado por estas cuestiones y que seguramente harán buen uso de las informaciones y de las reflexiones que aquí hacemos.

Y quiero agradecerle también al profesor Shaul Kimhi la gentileza de cederme el orden, por razones de que tengo que coger el AVE seguidamente a Madrid y no andar apurados de horario.

Y sin más voy a hacer una reflexión sobre la opinión pública y el terrorismo, el terrorismo y la opinión pública, primero desde la experiencia de tantos años haciendo un seguimiento de este fenómeno, y es verdad que intentando extraer, o que todos podamos extraer las lecciones que nuestra experiencia local –y voy a referirme fundamentalmente al terrorismo de ETA, que es el que padecemos desde hace muchos años, algunos muy directamente, otros indirectamente pero del que todos somos víctimas como sociedad democrática-, y finalmente haré una referencia también a lo nuevo que tenemos sobre el terrorismo islámico, sobre el impacto,

sobre el manejo de la opinión pública, sobre la importancia de la opinión pública, el carácter estratégico de la opinión pública.

Bueno, unas primeras reflexiones que conviene, digamos, recuperar, son las que planteo allí en esa primera diapositiva. El terrorismo necesita ser noticia de primera página y diariamente, y para ello se puede hacer de muchas maneras. Es decir, busca la forma de que sea espectacular, bien sea por la sorpresa, bien sea por el objetivo, por la víctima, por la importancia que tiene la víctima, bien sea por el medio que utiliza, la novedad de un tipo de medio nuevo –como tirar un avión contra una torre-, o bien sea por, digamos, la cantidad de víctimas que pueda producir. Pero, a ser posible, ser noticia de primera página, a lo que contribuimos normalmente casi todos, tanto los políticos como los medios a su vez, y es muy inútil el intento (que muchas veces se ha hecho, en algunas sociedades) de intentar evitar noticias que produce el terrorismo, porque es prácticamente como ponerle puertas al campo. La cuestión no es evitarlas sino cómo las leemos.

Segunda cuestión, que ha salido continuamente esta mañana, sobre todo refiriéndonos al terrorismo islámico, es que el terrorismo necesita también convertirse en vanguardia de una demanda social más o menos amplia. Es decir, hay un problema y entonces intenta convertirse en vanguardia de ese problema, y se supone que de esa manera hay una base social de referencia, o él lo intenta por lo menos. Su éxito está en conseguirlo, lógicamente.

Y aquí entramos, digamos, en el apellido que le podamos poner al terrorismo: si es étnico, si es religioso, o del tipo que sea. Si es ideológico, es de clase... en fin lo que le convenga, lógicamente, y lo que cuadre en cada caso concreto.

Tercero, suele intentar aprovechar cualquier motivo de queja o de protesta social para, digamos, preparar su terreno, para movilizar. Y esto es lo que llamamos “movilización”. Esto es muy claro en el caso vasco. No en todos los terrorismos se consigue el mismo tipo de movilización, y si no lo consiguen lógicamente se agostan

fácilmente, como ha pasado con buena parte del terrorismo izquierdista en la Europa Occidental de los años setenta. (Pensemos por ejemplo no tanto en las Brigadas Rojas, pero sí por ejemplo el Ejército Rojo alemán, ¿no?, la Baader-Meinhoff.)

Cuarto. También necesita –y aquí ya entra la opinión pública en juego- crear una brecha entre la opinión pública y las instituciones, de manera que esto abra un espacio para el movimiento, el movimiento social. Una cosa es la movilización y otra cosa es, digamos, la maduración en un movimiento que le dé cobertura, en el que pueda producir una cierta división del trabajo, etcétera.

Quinto. No importa tanto demostrar que las instituciones no satisfacen las demandas sociales frente a lo que a lo mejor con buena intención y con buena voluntad podamos crear nosotros (que son las motivaciones formales, sean religiosas, nacionalistas o de cualquier otro tipo, o de clase social), cuanto que no son capaces de acabar con ellos, provocando por lo tanto esa dinámica que conocemos muy bien en nuestro caso, que es la dinámica de acción-represión-acción. Que es realmente la auténtica estrategia, digamos, de movilización, de enganche y de rebelión.

Sexto. Se trata de debilitar la moral del enemigo –del enemigo para ellos, obviamente-, y para esto es fundamental la utilización de la opinión pública. Es decir, se trata de producir desmoralización, porque la desmoralización de la opinión pública, de la sociedad, es la antesala del desistimiento, de la cesión. Y pensemos si en momentos, digamos, de zozobra, de confusión, de cierta impotencia, como el que podamos estar viviendo en este momento, a lo mejor no está produciéndose una cierta desmoralización en la opinión pública, que es lo que tenemos que buscar y seguir, tomarle la temperatura a esta situación.

Y finalmente (séptimo), hacerse imprescindible como actor en la propia liquidación de la violencia que ellos generan. Es decir, convertirse en sujeto de la

negociación, no en objeto de la negociación, en el caso, digamos, de que entremos en una solución en la que haya una salida negociada.

Eso significa que el terrorismo bebe y vive, y necesita –si puede conseguirlo, lógicamente- una subcultura de la violencia. Esto, en el caso vasco, que es el del que más experiencia tenemos y el que más cercano tenemos y el que lógicamente más hemos estudiado, es muy claro. Es decir, esta subcultura suministra motivaciones y discurso. El terrorismo vasco es un terrorismo nacionalista: ése es su discurso, y además, digamos, interpreta la ortodoxia del fundador, y la intenta cuestionar o discutir a quien tenga una interpretación, vamos a decir, más liviana, más pragmática, más amoldable, etcétera.

Segundo. Estructuras, redes sociales de captación y apoyo. En ese medio subcultural viven como pez en el agua y ahí es donde encuentran sus redes de captación y de apoyo. Esta subcultura sirve, lógicamente, para inocular el miedo en la sociedad, que es su principal factor de intervención: el miedo, precisamente. Impacta sobre la moral del tejido social e institucional, a veces sus objetivos no son tanto la población en general como los propios líderes políticos (es decir, los actores que tienen que tomar decisiones), y su meta es imponer fácticamente sus objetivos. Son un poder fáctico, convertirse en un poder fáctico.

Es decir, más o menos ya tenemos asumido casi todos, o una gran parte de la ciudadanía, que va a ser inevitable que se produzca un referéndum de independencia o de autodeterminación en el País Vasco: esto es un éxito indiscutible de los terroristas. Lo han impuesto fácticamente -si llegamos a esa situación-. Ha sido a base de machacar nuestras voluntades como probablemente acaben consiguiendo como un objetivo “irrenunciable”, “indiscutible” y “asumible” - entre comillas-.

Su estrategia es que nosotros, que no estamos en esa guerra, interioricemos su guerra -ellos así lo interpretan-, y, por lo tanto, digamos, nos entreguemos al

desistimiento. “La guerra es imposible de resolver -es imposible de resolver militarmente, porque nosotros no estamos en guerra-, y, por lo tanto, desistamos”.

Y en el caso del terrorismo nacionalista lo más importante de esta subcultura de la violencia es el enfrentamiento comunitario, es decir, crear la comunidad radicalizada en el seno de una comunidad de referencia o de pertenencia.

Algunas dimensiones de esta realidad. Primero, la presencia cotidiana y física de los daños de la violencia. En el caso de ETA lo hemos visto con mucha claridad: cuando ellos no pudieron en algún momento actuar como actuaban, de forma dramática, produciendo víctimas mortales, se inventaron, allá en el año noventa y cinco, en el verano del noventa y cinco, exactamente, lo que ellos llamaron “la socialización del sufrimiento”. Y eso que todos, periodísticamente y de una forma yo creo que bastante irresponsable, llamamos “terrorismo de baja intensidad”, como si hubiese terrorismo de alta intensidad y terrorismo de baja intensidad, y fuesen dos terrorismos distintos, uno más soportable y otro menos soportable. Cuando realmente tenía una función fundamental de mantener físicamente y cotidianamente la intimidación en la calle.

Es verdad, como vamos a ver enseguida, que eso fue un elemento fundamental de reacción social. Hasta que eso no se produjo, curiosamente, la sociedad no despertó, no vio la amenaza directa e indiscriminada a todos y cada uno de los ciudadanos. Es curioso, porque recuerdo que en esa etapa yo era un alto cargo del gobierno vasco, era el último gobierno de coalición entre el partido nacionalista y el partido socialista, y recuerdo el campeón del discurso radical contra ETA, que era el entonces consejero de interior del gobierno vasco, Atutxa, que todos lo han tenido por un gran luchador contra ETA. Que curiosamente cuestionaba la interpretación que estábamos haciendo, el aviso que le estábamos haciendo de lo que significaba la *kale borroka*.

Ellos entendían que eso era terrorismo residual (“los chicos de la gasolina”, lo dijo Arzalluz, con esa frase). Eso era “terrorismo residual, ya sabemos, esto se está acabando... Mejor no agredirles, porque es peor agredirles”. Y no se estaban dando cuenta de que justamente era un mecanismo fundamental, un cambio táctico fundamental en la organización terrorista para conseguir mayor impacto social, en la opinión pública en general. Era directamente contra la sociedad, además lo explicaron perfectamente cuando hablaban de socializar el sufrimiento, persiguiendo a muchos más ciudadanos directamente, y por otra parte era la cantera para el reclutamiento de nuevos terroristas, porque estaban entrenando a los jóvenes más aguerridos y además inmediatamente los tenían que captar para poder defenderlos de la agresión policial o de la represión y los llevaban a Francia donde ya, lógicamente, los metían en la organización.

Era un mecanismo perfecto. Lo advertimos, pero el nacionalismo institucional no lo veía, no lo veía de esa manera. (Al final, un antiguo “chico de la gasolina” fue el terrorista que estuvo a punto de segarle la vida al propio consejero de Interior del gobierno vasco, el señor Atutxa. Curiosamente.)

La siguiente es la evaluación de los impactos en términos económicos, sociales y políticos. Es decir, lógicamente el impacto del terrorismo, no hay sector social que no esté tocado; el único que no ha tocado en el caso del País Vasco, por ejemplo, es la Iglesia. Todos los demás los ha tocado, salvo la Iglesia Católica.

El siguiente elemento son las redes sociales de apoyo, los círculos concéntricos. Este gran movimiento y esta subcultura genera una serie de círculos concéntricos de apoyo directo, de justificación más o menos remota, de difusión del miedo, y finalmente de intimidación directa. Con lo cual, fijémonos en los miles de víctimas, el mecanismo de victimización que genera esta red.

Y finalmente la comunión de objetivos, de definiciones de la realidad, de imaginarios colectivos, de conceptos, de espacios sociales, de actitudes, de valores,

de símbolos, de rituales y de estrategias de acción que ellos generan a través de esa red de división del trabajo con su movimiento en el seno de la comunidad de referencia (en este caso va a ser la comunidad étnica o la comunidad nacionalista, pero podría ser también la comunidad religiosa), cuyo núcleo fundamental es la comunidad radicalizada que ellos han generado. Y que trata de convertirse, obviamente, en vanguardia.

Hablamos mucho de la novedad del terrorismo en red de Al Qaeda. Es verdad que es distinto, porque es una red multinacional, pero en nuestro caso el ejemplo de primera auténtica red terrorista, una red tupida en un país muy pequeñito, de dos millones de habitantes y de muy pocos kilómetros cuadrados, la auténtica red, la primera red tupida del terrorismo es justamente el de ETA, que genera una red enorme que... Bueno, está todavía en los tribunales la causa contra la red del terrorismo en el País Vasco, contra la red social, política, cultural... lo que ellos en principio llamaban “frentes” y que luego realmente convirtieron en un complejo organizacional muy importante.

El otro elemento que hay que tener en cuenta en el juego del terrorismo y la opinión pública es los impactos políticos de esta subcultura de la violencia, y por lo tanto de este mecanismo de movilización. La primera son las cesiones ante el chantaje antisistema, el límite que debemos de tener en la cesión, porque si cedemos ante una estrategia de violencia, a la larga, como vamos a ver con algún indicador, nadie nos asegura que otros sectores de signo contrario no se sientan legitimados y justificados para responder violentamente más adelante, porque se sienten, lógicamente, agredidos por la cesión que hayamos hecho con los terroristas anteriores.

El segundo elemento es el producir división entre las fuerzas democráticas, y por lo tanto la ruptura del consenso democrático en nuestra sociedad.

El tercer elemento, la pérdida de derechos y libertades democráticas. Esto lo sabemos muy bien en el País Vasco, y lo saben los ciudadanos, y nos lo van a manifestar además.

El siguiente es la inversión o perversión de valores y de conceptos. Estaremos hartos de oír no solamente a Otegi hablando de la “verdadera democracia”, es decir, el “déficit democrático” en la sociedad española, en la sociedad vasca, la “verdadera democracia”. O Arzalluz y el nacionalismo institucional hablando de la “baja calidad de la democracia española”. Es un juego, digamos, de deslegitimación de las instituciones; o el cuestionamiento continuo de la Justicia, o de la acción policial, etcétera.

La degradación de las relaciones interpartidistas, es otro impacto evidente a la hora de que el diálogo fluido, de que las mayorías puedan funcionar con naturalidad. De hecho, ahora mismo estamos viendo que el parlamento no debe tener la suficiente, digamos, legitimidad, o la suficiente funcionalidad para que para hablar de asuntos políticos de gran envergadura tengamos que recurrir a una instancia extraparlamentaria que va a hurtarle al parlamento la posibilidad de hacer consensos. Es verdad que los partidos se pueden reunir donde quieran si tienen que hablar en serio y en secreto, pero no como un elemento fundamental e insustituible, etcétera.

El otro elemento es el efecto sobre la sociedad de la polarización política. Es decir, que la sociedad funciones con dos referencias absolutamente polares y por lo tanto se abra una enorme sima entre esas dos grandes opiniones, que hagamos dos opiniones públicas, por así decirlo. Que no se comuniquen entre sí y que “estés conmigo o contra mía”, la dialéctico amigo-enemigo en la relación entre políticos democráticos -no con el terrorismo, lógicamente-.

Otro elemento importante es la pretensión, o el intento, o la obtención efectiva de réditos políticos instrumentales del terrorismo. Aprovechar el terrorismo para

obtener rendimientos políticos. Algunos son maestros, y lo llevan haciendo durante muchos años, en el caso del País Vasco, pero otros pueden intentar tener la tentación de hacerlo también, en un sentido u otro.

Y finalmente, el efecto demoledor, y que es el que produce mayor desmoralización, que es la propia deslegitimación institucional de la democracia. Bueno, la violencia en el País Vasco, los que estamos aquí, la inmensa mayoría lo sabemos muy bien: se suele ligar a ETA con el franquismo, y es verdad en parte nada más. La violencia terrorista es una herencia del franquismo -por lo tanto tiene, digamos, una gran coartada-, pero encuentra su principal caldo de cultivo y su principal efecto mortífero y dañino en democracia. La mayor parte de su vida no es en el franquismo, y la mayor parte de su acción no es contra la dictadura -con la que le iba muy bien, dicho sea de paso-, sino contra la democracia fundamentalmente.

Ha dramatizado el franquismo, y ha convertido su propia represión en un signo de supervivencia (lo de la acción-represión-acción). Y por eso los presos son tan importantes: han sido siempre más importantes que las propias víctimas, siendo las víctimas muchas más. Los presos son sus rehenes, realmente, y es su gran estrategia; por eso la gran pelea por la política penitenciaria (“¿qué hacemos con los presos?, para poder avanzar”, etcétera). No se puede entender si no es por la forma de espectáculo permanente que adopta ante la opinión pública. La violencia de ETA -probablemente, cualquier violencia- sin la propaganda, sin el espectáculo y sin las libertades se ahoga, se ahoga en sí misma, necesita un caldo de cultivo en el que pueda haber discrepancias, lógicamente, y que pueda producir desunión.

Y actúa en campaña, actúa en combinación con el movimiento sociopolítico, en nuestro caso era anteriormente el bloque KAS, la red de la que hablamos, que ahora está en la Audiencia Nacional. Ese bloque lo dirige el ejército secreto -no estamos en Irlanda del Norte, estamos en otra cosa-, que es la propia organización terrorista, y se produce por lo tanto una suerte de división del trabajo entre los distintos aparatos del conglomerado. El sujeto principal es la propia organización

violenta, y lo demás es pura manipulación política: en los estudios que algunos colegas han hecho sobre a quién siguen realmente las bases sociales de este movimiento y por quién se movilizan casi siempre los principales elementos de movilización, los más numerosos, son los de la propia organización, los que hacen referencia a sus presos o a sus muertos o a sus rituales directamente orgánicos.

El objetivo principal es impedir la legitimación del sistema democrático, quebrarlo, abriendo una brecha que haga imprescindible su concurso o su protagonismo, y además se entrenan en algunos momentos muy importantes – recordemos el de la central nuclear de Lemóniz, de ingrata memoria, al final del franquismo; el de la autopista de Navarra-Guipúzcoa (autopista de Leizarán), etcétera, y ahora están con el tren de alta velocidad, y aparecerá algún fenómeno nuevo; en algunos han fracasado-.

Ésa es la trayectoria mortífera del terrorismo en España desde que se produce el primer asesinato de ETA en el año sesenta y ocho -muy cercano, por lo tanto, del final del franquismo.

Como ven, ETA ha sido, hasta el último acontecimiento del año 2004, el principal protagonista de la violencia en España; no ha sido el único, pero es el que más asesinatos acumula en su haber. Y fíjense qué curioso que cuanto más asesina es en el momento en que en España se está produciendo la Transición democrática y en el País Vasco la transición al autogobierno; son los años de mayor actividad mortífera de la organización -luego es verdad que va a ir cambiando-.

Y es muy importante que retengan esta información, porque es curioso que en todos estos años de tanta actividad mortífera el terrorismo no era un problema en España, no era un problema para la opinión pública. Es curioso que era como si lo viésemos como un fenómeno natural o como si lo estuviésemos descontando como una especie de culpabilidad colectiva: es el precio que tenemos que pagar por el franquismo. Errando, lógicamente, el análisis, y sin una clase política que fuese

capaz de dar otra lectura distinta a la opinión pública sobre qué es lo que nos estaba pasando con este fenómeno.

Y luego lógicamente va a cambiar de estrategia o de acción para adquirir protagonismo, y vemos los momentos claves. Aquí tienen ustedes, por ejemplo, los repuntes en momentos... Por ejemplo, en el año ochenta y seis, en la crisis del partido nacionalista, van a ser las conversaciones de Argel, la primera gran negociación, y se produce un repunte; en el año noventa y dos va a ser la Expo o los Juegos Olímpicos y va a haber un repunte, hasta la caída de Bidart. Y luego hay una caída ya casi imparable hasta la tregua, la última tregua del año noventa y ochonove y nueve, y el final de la tregua, que lógicamente salen con una gran agresividad, hasta que paran en el año 2004 y le sustituye, curiosamente, el terrorismo islamista.

No vamos a detenernos en esos fenómenos, pero aquí tienen otra ficha, que son la cantidad de acciones violentas y sobre todo donde se veía claramente la incidencia directa en el año noventa y cinco de la activación de la *kale borroka* en actos, en la estadística de actos violentos en relación a lo que había sido siempre – que siempre ha habido *kale borroka*, lógicamente-, pero no había tenido las características que había tenido en ese momento.

Bien, vamos a la opinión pública directamente, es decir, cómo ha ido reaccionando la opinión pública ante estos fenómenos. Conviene tener en cuenta que ETA ha producido casi mil muertos en estos treinta años, aproximadamente, de actividad mortífera; ha producido, por lo tanto, miles y miles de familias –y heridos por miles- dañadas, de círculos de amistad dañados, de compañeros de partido político también afectados. En el País Vasco, en estos años (un país de inmigración en los últimos cien años)..., desde el año ochenta, el comienzo del autogobierno, el País Vasco ha expulsado a doscientos mil ciudadanos (doscientos mil en una sociedad de dos millones son el 10% de la población), haciendo un cambio de tendencia histórica radical.

Es verdad que no son doscientos mil ciudadanos que se han tenido que ir huyendo del terrorismo, pero también es verdad que no son doscientos mil jubilados e inmigrantes que se vuelven a sus pueblos de origen. La media de edad es muy joven y una gran parte, una buena parte de esos son empresarios, profesionales y gente que no soportan la presión y que lógicamente no son nacionalistas. Que es otro de los elementos de la comunidad radicalizada, que es la limpieza -en el caso del País Vasco la limpieza étnica, por exterminio-.

Miles y miles de profesionales y de empresarios extorsionados, muchos de ellos expulsados, y hasta cuarenta mil, en el momento que se produce lo que se llama la “socialización del sufrimiento” -según la contabilidad de Gesto por la Paz, que es el primer movimiento cívico que se genera en torno a la mitad de los ochenta-, hay unos cuarenta mil ciudadanos directamente amenazados por ETA, muchos de los cuales (se cuentan por miles) teníamos que llevar escolta y no somos políticos ni altos cargos, ni tenemos ninguna responsabilidad más que ser ciudadanos normales y corrientes.

¿Qué pasa con la opinión pública? En la opinión pública ante ETA, en Euskadi se generan dos opiniones públicas. Esta dinámica, digamos, de creación y de radicalización comunitaria genera, efectivamente, una cohesión comunitaria y genera otra opinión pública residual que no tiene nada de comunitaria. No son dos comunidades como en Irlanda del Norte, sino que es una relación asimétrica: la hegemonía comunitaria de la comunidad radicalizada y lo otro, la otra opinión, que es una opinión mucho más fragmentada y mucho más, digamos, débil, expuesta a los cambios de opinión, a la adaptación, etcétera. Y sobre todo amedrentada, como vamos a ver enseguida.

Y en España, en relación a ETA, el riesgo continuo ha sido el riesgo de escisión, si no hay un mensaje claro y unitario de las fuerzas democráticas, y esto lo vemos también en la evolución de la opinión. Y ante el terrorismo islamista (que es

lo último y sobre lo que tenemos, lógicamente, menos información), lo primero que yo resumiría -y vamos a ver con alguna indicación-, es la confusión -inevitable, probablemente, de momento- y, segundo, la polarización de la sociedad entre cómo interpretarlo y cómo reaccionar.

Por tanto, en Euskadi, dos opiniones públicas, que es la dinámica que resulta de esta subcultura de la violencia, de la creación de estas comunidades radicalizadas, con una comunidad de referencia, que es como se construye la hegemonía en los términos clásicos, y la otra opinión, que es la opinión extraña.

Ése es, digamos, los tres grandes preocupaciones de los vascos (es decir, lo que ellos expresan) a lo largo de estos diez años. Fíjense ustedes cómo estaba la preocupación por el terrorismo, que es esa línea azul, en el año noventa y cinco, que es cuando se activa la *kale borroka*. Hasta ese momento era irrelevante la preocupación, y fíjense ustedes en la cantidad de muertos que ya acumulaba ETA desde el año sesenta y ocho, pero sobre todo desde el año setenta y siete, comienzo de las primeras elecciones democráticas, hasta el año noventa y cinco, durante toda la década de los ochenta, en plena evolución, en plena Transición democrática, consolidación democrática, inicio del autogobierno, etcétera. Irrelevante el problema.

El problema surge con fuerza, curiosamente, a partir de la irrupción de la *kale borroka*, tiene un impacto negativo para ellos, aunque tenga un impacto desde el punto de vista estratégico de amedrentamiento de la sociedad. Hay una vuelta a bajar en la primera gran tregua del año noventa y nueve -lo recordarán-, y después de la tregua, ante la expectativa positiva generada, lógicamente, la gran frustración y el gran temor, por las características que adquiere de nuevo el terrorismo, y a partir de ese momento, por la menor actividad terrorista y la mayor presión de las políticas antiterroristas, y sobre todo el Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo y la ilegalización de Batasuna, la caída en picado de la preocupación por el terrorismo, a pesar de que no haya desaparecido del todo la amenaza, lógicamente.

Ahí tienen también, digamos, otro indicador que es el miedo que expresan los ciudadanos vascos, la serie temporal del miedo que expresan desde el año noventa y cinco a manifestarse políticamente, y aquí vemos la asimetría. Es verdad que, el último dato que se refiere, fíjense ustedes cómo cambia a partir del año 2003, en el que hay un parón de la actividad terrorista, y la ilegalización de Batasuna limita muchísimo su capacidad de movimientos, la presión sobre la estructura terrorista es mucho más fuerte, la eficacia policial es también mucho mayor, la acción judicial es también importante... Por lo tanto, digamos, hay una mayor tranquilización de la opinión pública y cómo se cambia completamente la tendencia del miedo.

Pero lo que no cambia del todo todavía, a pesar de que haya habido una evolución positiva, es que este miedo es asimétrico. Aquí donde lo ven ustedes, y teniendo una situación mucho más positiva que en los años noventa, fíjense ustedes que en el mundo nacionalista el 80% manifiesta no tener ningún miedo a expresarse políticamente pero en el mundo no nacionalista todavía hay un tercio que no es capaz de expresarse.

Esto era invertido completamente en los años anteriores: aquí era el 80% de los no nacionalistas los que manifestaban el temor y el 80% de los nacionalistas los que mayormente no tenían ningún tipo de temor a lo largo de estos años.

Nos pasa lo mismo con el indicador de la falta de libertad para hablar de política con la gente. La asimetría se repite de la misma manera, es decir, se van configurando esas dos opiniones: esa comunidad radicalizada y muy cohesionada que monta su hegemonía y lo otro que es la comunidad -o la sociedad, o la opinión pública, que no llega a tanto- atemorizada, desestructurada, con miedo, etcétera.

Aquí tienen el indicador más reciente, que además lo tenemos en serie temporal, de la población dispuesta a marcharse del país no por razones laborales, sino en igualdad de condiciones, digamos, por agotamiento, por estrés: sigue siendo

un 8% todavía, pero hemos tenido algún momento en que ha estado, en plena actividad terrorista, llegó al 19%, en el año 2000, que era un dato gravísimo, ¿no? Y además respondía a la tendencia de las últimas décadas en el País Vasco.

Claro, si ven el perfil, se darán perfectamente cuenta de la asimetría: ¿quiénes son? Son jóvenes, pero ¿quiénes son? No de la sociología de la comunidad de referencia, sino de la sociología de la otra comunidad: de la comunidad atemorizada, de la comunidad excluida, de la comunidad afectada por la limpieza étnica. “Si no los podemos echar, por lo menos que se vayan, los aburrirnos”; es otro dato interesante.

Por el contrario, es curioso, porque en relación al funcionamiento del sistema democrático, que es un indicador que utilizamos en toda Europa normalmente para mirar la temperatura democrática, de malestar democrático, nos encontramos con que en el País Vasco, que podríamos esperar que esta parte de la sociedad más estresada, perseguida, con falta de libertad, etcétera, fuese la que más reprochase al sistema democrático el que no funciona adecuadamente, curiosamente son los nacionalistas los menos satisfechos con el sistema democrático, haciendo gala, lógicamente, del discurso de la comunidad radicalizada, de que no estamos en democracia, de que estamos en otra cosa, cuando son los grandes beneficiarios de la democracia. Justamente los que no somos beneficiarios de la democracia son las víctimas que sufren esta circunstancia, ¿no?

Es curioso porque esto es otro patrón de comportamiento sistemático, y que por otra parte explica un fenómeno que probablemente no sea fácil de entender fuera de aquí y que no se subraya suficientemente: tenemos miles y miles de víctimas de distinto tipo del terrorismo y mayormente densificadas en este territorio pequeño -aunque afectan a gran parte de España, lógicamente, porque han actuado en todos los sitios, pero han machacado sobre todo en el País Vasco-, y es curioso que no ha habido... –ahora que hay tanta división y tanta polémica y tanta supuesta politización de las víctimas-, las víctimas en España, ni en el País Vasco, nunca se

han tomado la justicia por su mano. Han sido las únicas que han confiado en Justicia, es decir, en que el sistema institucional realmente hiciese justicia con ellas y les resarciese de su sufrimiento, curiosamente. Bueno, pues los que se quejan del sistema no son las víctimas, son los beneficiarios del sistema: son los nacionalistas.

Otro elemento importante, que se suele hablar incluso referido a España y que también nos afecta cuando hablamos del terrorismo islamista, es la crispación social. La crispación social medida en una pregunta muy simple: a ver si usted percibe en su vida cotidiana, en su entorno, enfados, peleas, discusiones, por razones políticas, un incremento; a eso llamamos crispación. No las peleas de los políticos, o las peleas que aparecen en las tertulias, o las peleas que aparecen en los medios de comunicación, sino las cotidianas, las de la gente de la calle, no por cualquier cosa (por razones económicas o de otro tipo), sino por razones estrictamente políticas. Bueno, en uno de los mejores momentos estamos en el 40%, pero esta relación que tenemos aquí referida a la última primavera, esta relación era inversa hace solamente un par de años, en el País Vasco. Y el diagnóstico común de unos y otros -curiosamente, de las pocas cosas en las que tenemos consenso o en las que estamos de acuerdo mayoritariamente- es la división entre nacionalistas y no nacionalistas. En el diagnóstico no hay una gran diferenciación.

Ésta es la percepción de cómo evoluciona al problema de la violencia, no la sensación de la amenaza sino cómo está evolucionando. Bueno, ven ustedes lógicamente el optimismo que se desata no a partir del año 2004, 2005: a partir del año 2002, 2003, en el momento de mayor eficacia del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo, curiosamente. Es interesante ver eso, y fíjense ustedes cómo se desata el optimismo y cómo cae en picado ante la irrupción de la tregua del año noventa y nueve y la frustración de la vuelta al terrorismo del final de la tregua, del año 2000. Bueno, qué nos puede pasar si las cosas no van bien en este momento, ¿no?

Ésta es la actitud de los vascos ante ETA en este momento. Fíjense en la serie temporal de las actitudes ante ETA: empezamos en el año ochenta y uno. Este indicador lo iniciamos... –curiosamente, yo era un novato, y me encargó el entonces ministro del Interior...- Yo era un novato que no tenía ninguna relación con la UCD ni con la política en aquel momento; sí con la política de oposición antifranquista, de izquierdas, pero en fin, era un profesor recién incorporado a la universidad, empezaba a hacer estas cosas, y me llamó Rosón, el entonces ministro del Interior de la UCD que estaba, lógicamente, preparando la negociación con los “polimilis”, para que le hiciese una encuesta –fíjese, no la encargó un instituto de los convencionales, ni siquiera el CIS del gobierno, ni nada, sino, “bueno, voy a coger uno privado que está por aquí y que me haga un estudio de opinión pública sobre qué está pasando en el País Vasco-.

Y recuerdo que dijimos: pues, tendremos que preguntar por ETA, lógicamente, porque es el objetivo principal, pero no sabemos cómo hacerlo, no sabemos cómo hacer el indicador. Entonces, hicimos una pregunta abierta, una pregunta abierta que era preguntar a los ciudadanos qué piensa, sabiendo que aquello iba a salir fatal, porque los ciudadanos seguramente no iban a responder. “¿Qué piensa usted de ETA, o cuál es su actitud ante ETA?”. Y con las respuestas que nos dieron, las respuestas literales, agregamos por campos semánticos lo que nos salía, y nos salían varias cosas.

Primero: apoyo incondicional.

Segundo: “La apoyo pero comete algunos errores; es decir, hay asesinatos de niños casuales que lógicamente son un error, cómo se ha hecho aquello”.

Tercero: “comparto los fines pero no comparto los medios”.

Cuarto: “antes sí [es decir, durante la dictadura sí, en el franquismo sí] pero en democracia ya no tiene sentido”.

Quinto: miedo. “No me pronuncio, me da miedo”.

Sexto: rechazo total.

Éstos eran los indicadores que nos salieron de la respuesta espontánea de los ciudadanos. A partir de ese momento ven que toda la serie la hemos aplicado con el indicador ya cerrado, nos sigue funcionando; pero claro, la sorpresa es - fíjense ustedes -: cuando más mataba ETA, aparte de que no preocupaba casi nada a los ciudadanos, menos rechazo concitaba. Es a partir de nuevo de los años de la segunda mitad de los noventa, cuando aparece la *kale borroka*, eso que tan poca importancia tenía, cuando realmente el ciudadano se siente preocupado directamente por el problema, o porque ya se ha agotado de que no se acabase habiéndose acabado el franquismo y casi olvidándonos de él, pues que este fenómeno no se hubiese acabado, hasta que ya el rechazo aparece claramente consolidado.

Pero fíjense ustedes en el momento de la tregua del año noventa y nueve. Estamos dispuestos a cambiar de actitud ante la organización si nos perdona la vida, que es una reacción de victimización importante. Y aquí tienen ustedes todavía hoy día, en el momento -éste es el dato de mayo, de la primavera, ahora estamos terminando el campo del otoño; estamos haciendo una doble encuesta: una en el País Vasco sobre este tipo de problemas y otra en España sobre el fenómeno terrorista en general, los campos están justamente terminándose estos días-, ahí tienen ustedes los círculos concéntricos, y además no solamente los círculos concéntricos de las actitudes, sino también los círculos concéntricos de los apoyos, de los apoyos en la comunidad radicalizada y en la otra opinión pública.

Y fíjese que es curioso cómo este giro de las agujas del reloj en lo que no es rechazo frontal sino que es algún tipo de justificación directa o remota, tiene que ver con la política. Entonces, la justificación directa solamente está hoy día en una parte, por cierto muy minoritaria de la izquierda radical, y entonces era una batalla que

estábamos ganando, y probablemente esto retroceda, y como han hecho otras fuerzas políticas incluida toda la izquierda hay un movimiento hacia el rechazo, hay un movimiento progresivo hacia el rechazo –por eso se incrementa el rechazo- y cómo es en los partidos políticos nacionalistas o en la subcultura política del nacionalismo donde se mantiene algún tipo de contemporización, justificación remota o justificación crítica, etcétera, con el terrorismo.

Ahí tienen la imagen de los activistas de ETA. Éste es un indicador que comenzó a hacer Juan Linz y que yo lo tomé de él y lo continuamos haciendo, y que era un indicador que se había tomado en alguna otra... no sé si era de las Brigadas Rojas o de dónde era exactamente, sobre los activistas, el calificativo de los activistas, que es la otra manera, lógicamente, también, de detectar la actitud favorable o desfavorable. Claro, “patriotas” o “idealistas” son calificativos claramente positivo el primero, más o menos contemporizador o justificativo el segundo, y ya el resto de elementos (“manipulados”, “fanáticos”, “locos”, “terroristas”, “criminales” son calificativos negativos).

Es curioso cómo también en esto se ve el cambio de tendencia a lo largo de todos estos años y cómo predominaban valoraciones más o menos justificativas al comienzo de la Transición en plena actividad violenta de ETA y cómo ha ido transformándose también esto a lo largo de estos años, y cómo este mismo fenómeno aparecía también en el nacionalismo.

Pero es curioso, porque sin embargo la inmensa mayoría de los vascos, y además de una forma muy sistemática, ha cuestionado el argumento, la legitimación de la violencia para la obtención de objetivos políticos, y tan sólo este indicador tan masivo –estamos en el 93%: ha oscilado entre el ochenta y tantos, el noventa, más o menos, a lo largo de todos estos años-, tan sólo después del fracaso de la tregua anterior, en el año 2000, hay un incremento del rechazo a esta frase, de deslegitimación de la violencia, y no era precisamente en los sectores que soportaban a la organización terrorista sino en los sectores ideológicamente

contrarios; lo cual es un aviso importante. Es decir, la frustración que puede producir una legitimación a posteriori de la actividad terrorista a base de obtener resultados o rendimientos políticos puede generar en otro segmento de la sociedad completamente polarizado el que encuentra justificación para reaccionar violentamente contra el sistema, por sentirse, lógicamente, afectados.

En España, lo que detectamos en relación no solamente con ETA sino también con el terrorismo islamista es una polarización creciente. Vamos a ver algunos datos.

Éste es el dato de crispación política del año pasado. Estamos haciendo una encuesta ahora; éste es del verano del año pasado, y ven que en España había un 65% de población que con el mismo indicador que en el País Vasco decía que en su vida cotidiana, un año después del cambio electoral y una año después del atentado terrorista del 11-M había más discusiones, más enfados, más tensión en su entorno inmediato por cuestiones políticas. La razón cualquiera se la puede imaginar, ¿no?

Ésta es, digamos, la evolución del problema del terrorismo, tanto referido al terrorismo en general como al terrorismo de ETA -creo que tiene menos importancia, voy a ir terminando, y vamos a poner lo más importante, que yo creo que es lo que tiene que ver con el 11-M directamente-, es decir, ¿cómo se incrementa la preocupación por el terrorismo internacional, que es abrumador?, y ¿cómo se cuestiona que la intervención en Irak y en Afganistán nos ha hecho más vulnerables y menos seguros de una forma también masiva? Por lo tanto, ligando el problema indirectamente a ese problema, ¿no?, a esa intervención, a esa política.

¿Cómo interpretan los españoles las causas de terrorismo islamista en España, directamente?

La principal, la guerra de Irak, el 65%.

La segunda, el fanatismo religioso.

La tercera, la política de Estados Unidos -con respecto a la cual, lógicamente, estábamos ligados por la alianza-.

La política del gobierno español; o sea, ahora sumamos las dos y ya tenemos la segunda causa.

La desigualdad entre países ricos y pobres, el conflicto palestino-israelí y otras causas distintas.

Esto es, digamos, el diagnóstico que la opinión pública española, sin mayor ilustración, hace de ese fenómeno. Y ésa es la atribución de responsabilidades: ¿quiénes son los responsables del terrorismo islamista en España, de esa actuación?

Los primeros, los ideólogos del fanatismo religioso –ésta es la reacción de la opinión pública española, sin que nadie les haya dado ninguna lección-.

Los estados y poderes que dan cobertura y financiación a los terroristas.

Los propios terroristas, Al Qaeda y Bin Laden, otros responsables.

Pero combinemos los dos indicadores, que son creo que claramente complementarios. Ésta es la cuestión de si hay relación entre ETA y el terrorismo internacional, y particularmente entre ETA y el terrorismo islamista. No sé cómo habrá evolucionado este indicador en este momento, pero fíjense ustedes todavía en el contingente importante de población que cree, por supuesto, en la relación con terroristas internacionales, de una forma genérica, pero muy particularmente con el terrorismo islamista, esa percepción que tiene nuestra gente, nuestra opinión pública.

Y estamos ahora finalmente ya con el actual proceso de negociación con ETA. No se había declarado todavía la tregua formalmente, estamos hablando del verano del año pasado, vamos a ver lo que nos dicen las encuestas ahora. Fijémonos en que en ese momento había un gran pesimismo; es verdad que ese pesimismo se tornó en optimismo después de que se consolida este parón, obviamente, y se produce la declaración de alto el fuego permanente. Vamos a ver lo que pasa en este momento -insisto en que lo sabremos en muy poco tiempo, y lo sabrán ustedes también-.

Es importante el seguimiento que hizo la opinión pública y cómo valoró – porque estamos en la actuación de las dos grandes fuerzas políticas en relación a esta cuestión en el escenario nacional- la famosa comisión de investigación del 11-M en el parlamento y las conclusiones a las que llegó. Hay un seguimiento relativamente importante, como con pocas cosas sucede en la política parlamentaria, por parte de la opinión pública, pero ven ustedes que, la utilidad, la opinión pública se divide clarísimamente sobre la utilidad de esa comisión, prácticamente en partes iguales, en que no ha sido útil, o en que ha sido útil.

Y fíjense ustedes, en las principales conclusiones, cómo la opinión pública se divide también. “El gobierno del PP minusvaloró el riesgo islamista, de atentado terrorista islamista”: está de acuerdo la mayor parte de la opinión pública, casi en dos tercios frente a un tercio. “El PSOE aprovechó electoralmente ese acontecimiento”: la misma división, pero obviamente a la inversa. “El gobierno del PP manipuló en ese momento sobre la autoría de ETA, sobre la autoría del atentado”: prácticamente la misma proporción. Y “el gobierno del PSOE divide a las víctimas a partir de ese momento”: la opinión pública totalmente dividida y polarizada en esta cuestión, que la tenemos en la calle prácticamente todos los días.

En fin, aquí está la valoración de la política antiterrorista del gobierno del Partido Socialista en relación a la del PP –en fin, no sale del todo mal parada,

lógicamente, en ese momento también-, y aquí estamos en la cuestión de la negociación, en un momento en que todavía no se había planteado la opinión pública una eventual negociación del gobierno con ETA. Fíjense ustedes en que hay una proporción muy consistente de gente que dice “en ningún caso”, pero hay una proporción importante que está de acuerdo pero con una condición: que ETA deje las armas. Y ésta es la gran cuestión: el evidenciar que efectivamente ETA deja las armas –que es lo que no se está evidenciando, obviamente, ¿no?-.

¿Y qué contrapartidas se pueden manejar? Fíjense en la división de la opinión pública también: las contrapartidas políticas consensuadas por los partidos, que es lo de la mesa, nos divide profundamente, o nos dividía en ese momento; la celebración de un referéndum sobre el futuro político del País Vasco nos divide profundamente. Y, eso sí, medidas de gracia y de reinserción para los presos, -que nos podría dividir en sentido contrario-, el rechazo es masivo, sobre el perdón. Esto es importante, porque claro, probablemente es el único margen que tendríamos.

Y, en concreto, ¿qué hacemos con los presos, con la reinserción de los presos por delitos de terrorismo? Fíjense también en la división de la opinión pública en relación a esta cuestión, que es una de las cosas que se da por descontada, de alguna manera, y con esto me paro. Gracias.

Zaragoza, 1 de diciembre de 2006.